

JULIA TORO, O CÓMO LA VIDA INSISTE EN SER IMAGEN

El Museo Lázaro Galdiano acoge, a instancias de PHotoEspaña, la primera muestra en nuestro país de **una de las miradas más singulares de la fotografía chilena**

CARLOS D. MAYORDOMO

Durante la segunda mitad del siglo XX, América Latina vivió una época convulsa que desembocó en numerosas dictaduras militares. El mecanismo más frecuente fue la interrupción abrupta de los procesos democráticos mediante golpes de Estado, como el que sufrió Chile en 1973. En medio de esa atmósfera de represión, censura y miedo, emergió la obra fotográfica de Julia Toro (Talca, 1933), cuyas imágenes recogen almuerzos familiares, paseos por el parque, reuniones de amigos o recitales improvisados: testimonios de la vida corriente que parecen ajenos al régimen autoritario bajo el cual fueron tomados.

Tal vez haya sido precisamente esa condición –la renuncia a la denuncia frontal y la apuesta por una resistencia íntima– la que ha ralentizado el reconocimiento institucional de Toro, tanto dentro como fuera de las fronteras chilenas. Ahora, por primera vez, su trabajo se presenta en nuestro país a través de una selección de sesenta piezas, muchas de ellas realizadas durante la dictadura de Pinochet. La cita forma parte de la programación de PHotoEspaña, que en esta edición tiene a Chile como país invitado, y despliega la obra en tres salas del Museo Lázaro Galdiano.

Aire espontáneo

En blanco y negro y en formatos reducidos, las obras reunidas en esta muestra conservan el aire espontáneo del 'aficionado', no entendido como ingenuidad o torpeza técnica, sino como una actitud independiente frente a los códigos técnicos y los programas estéticos establecidos por la tradición fotográfica. La práctica de Toro, siempre abierta a la sorpresa y a la intuición, despliega una gran riqueza formal: encuadres frontales alternan con drásti-



cos picados; rostros capturados en primerísimo plano conviven con otros que se giran para ocultarse; detalles de fuerte carga narrativa se yuxtaponen a panorámicas de significado impreciso.

En el universo creativo de Toro conviven perfiles movidos y borrosos junto a figuras de contornos cristalinos; escenas de un crudo documentalismo con otras suavizadas por un tenue aliento pictorialista; retratos de los márgenes sociales y otros de la alta sociedad chilena... La coherencia de su poética no nace del afán por definir una identidad autoral ni de unos temas recurrentes, sino de una fidelidad al afecto: un acercamiento surgido no del cálculo estético, sino del deseo de retener lo efímero; de aproximarse al otro sin interrumpirlo ni juzgarlo, con una delicadeza que nunca resulta impostada.

Toro llegó a la fotografía tarde, casi por azar. Tenía treinta y ocho años cuando su esposo, el fotógrafo Jaime Goycolea, le puso una cámara en las manos



Arriba, 'Los detectives salvajes' (1983). A la izquierda, 'Jul-Ber' (1977). Abajo 'Jaime' (1979)

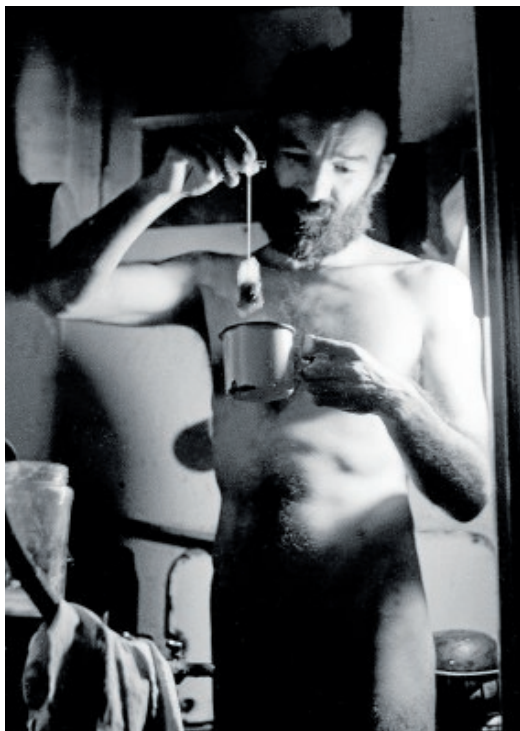
para retratar a su hija Julia, embarazada, en el gesto cotidiano de quitarse una blusa. «Dispare y nunca más la solté. La cámara pasó a ser un apéndice de mí», recordaría después. Desde ese gesto inaugural, su mi-

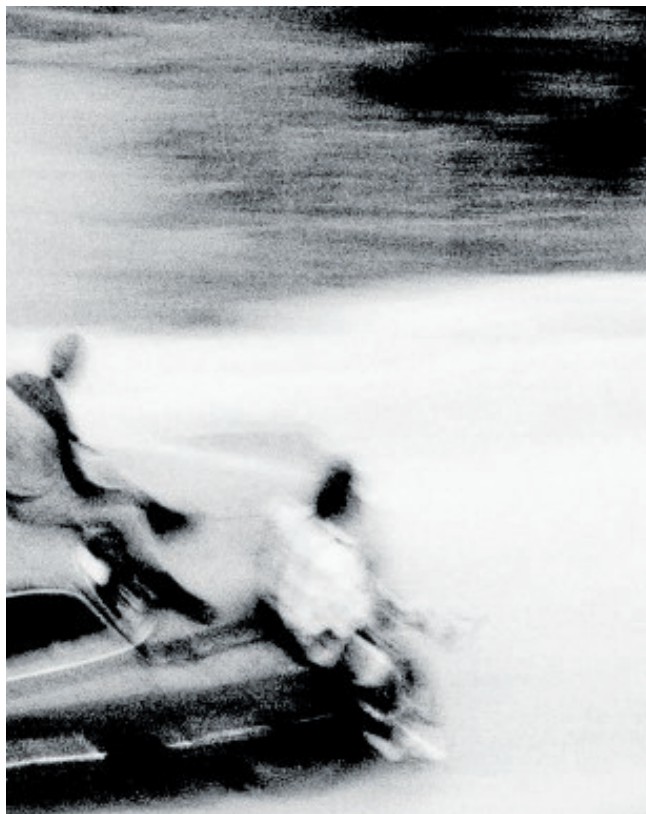
rada se orientó hacia la belleza que emerge en aquellos detalles y momentos que suelen pasar desapercibidos: el paseo de unas monjas por el jardín, el humo suspendido en el aire, unos tacones en pleno vaivén o una mirada cómplice hacia el objetivo. Pero también, como observó el poeta Claudio Bertroni, la poética de Toro exploró territorios mucho más íntimos: «Sexo y pasión y dormitorios y manchas de hombres y mujeres por todas partes».

Efectivamente, el erotismo se convirtió en uno de los ejes fundamentales de su obra, un terreno poco explorado en la fotografía chilena y todavía menos en lo que respecta al desnudo masculino. En un contexto marcado por el conservadurismo, Toro se atrevió a mostrar el cuerpo con una naturalidad conmovedora, sin artificio, sostenida en la confianza entre fotógrafa y retratado. Algunos primeros planos, como el titulado 'La w no se pronuncia' (1981), alcanzan una explicitud que compite con las provocadoras imágenes de Mapplethorpe, aunque en el caso de la chilena se afirman en una sensualidad serena, sin estridencias ni afectación.

Refugio en la represión

Su cámara acompañó también la bohemia cultural santiaguina de los años ochenta, cuando la literatura, las artes escénicas y las artes visuales se con-





virtieron en refugio frente a la represión. Registró 'performances' de los grupos de vanguardia, documentó la resistencia político-cultural clandestina y retrató a figuras que acabarían erigiéndose en emblemas contra la dictadura de Pinochet: el escritor y activista homosexual Pedro Lemebel, la artista Lotty Rosenfeld, la novelista Diamela Eltit o el poeta Raúl Zurita, entre otros. Muchos de ellos conformaron el núcleo de lo que

PARA TORO, LA FOTOGRAFÍA NUNCA FUE UN MERO REGISTRO, SINO UN MODO DE MIRAR LAS RELACIONES HUMANAS

la crítica Nelly Richard bautizó como «la escena de avanzada», un movimiento que no solo articuló un discurso crítico frente al régimen militar, sino que ensayó nuevos lenguajes y formas de disidencia a través del arte.

Entre las piezas de la exposición figuran también páginas de los diarios de Julia Toro, publicados por Lumen en 2022. Se trata de un hábito de escritura que la acompaña desde la adolescencia y que adopta la forma de frases sueltas o breves párrafos manuscritos, en los que se entrelazan con naturalidad recuerdos de infancia,

intuiciones espirituales, experiencias amorosas, la vida con los hijos, el oficio artístico y sus incertidumbres, las lecturas, el paso del tiempo, los duelos, la fragilidad del cuerpo o la lenta irrupción de la vejez. Aunque en apariencia ajenos a una obra fotográfica centrada en la vitalidad de lo humano, estos fragmentos amplían su horizonte: lo que en la fotografía queda detenido en un instante, en la escritura se despliega como confesión que amplifica el sentido latente de su trabajo visual.

Para Toro, la fotografía nunca fue un mero registro, sino un modo de mirar las relaciones humanas y, al mismo tiempo, una invitación a reconocer que la Historia también se escribe con lo frágil y lo efímero.

A sus 91 años, continúa con la cámara en la mano, fiel a la intuición que la llevó a disparar por primera vez. «Sigo haciéndolo porque quiero seguir viva», confiesa. Tal vez esa frase resuma mejor que cualquier análisis crítico una trayectoria difícil de encasillar: la de una vida entera dedicada a observar, sostenida en la convicción de que la manera más eficaz de que la realidad sobreviva al olvido es dejarse tocar por la imagen. ■

Julia Toro *Estado fotográfico*
★★★★★ Museo Lázaro Galdiano. C/ Serrano, 122. Madrid. Comisario: Rodrigo Gómez Rovira. Hasta el 9 de noviembre